

rincón de la burguesía y del mundo de los ferrocarriles. Y además, ¿sabía nadie qué terreno pisaba con un hombre como el presidente? No, decididamente el procesamiento de los Roubaud, de los verdaderos culpables, era un asunto más expuesto aún. Nada, cosa resuelta, descartaba esa pista, la abandonaba del todo. Y de seguir alguna, hubiérase inclinado por la del inocente Cabuche.

—Acabo por pensar como Ud.—dijo por fin al señor Denizet.—Hay, en efecto, grandes sospechas contra el cantero, si tenía que ejercer una venganza legítima..... ¡Pero qué triste es eso, Dios mío, y cuánto lodo tendremos que remover!..... Por más que, claro está, bien sé yo que la justicia debe permanecer indiferente á las consecuencias, y que cerniéndose por encima de los intereses.....

No acabó, terminó con un gesto, mientras que el juez, á quien ahora tocaba guardar silencio, esperaba con aire impasible las órdenes que ya estaba sintiendo venir. Desde el momento en que aceptaban la verdad suya, aquella creación de su inteligencia, estaba dispuesto á sacrificar, á las necesidades gubernamentales, la idea de justicia. Pero el secretario, á pesar de su acostumbrada habilidad en aquel género de transacciones, se apresuró un poco, habló demasiado pronto, como amo obedecido.

—En una palabra, quieren un no há lugar..... Arregle Ud. las cosas de manera que se sobresea el asunto.

—Usted perdone—declaró el Sr. Denizet—ya no soy yo el amo del proceso, depende éste de mi conciencia.

Inmediatamente el Sr. Camy-Lamotte sonrió, muy correcto de nuevo, con aquel aire desengañado y cortés que parecía burlarse de la gente.

—Sin duda. Y á su conciencia de Ud. es á la que me dirijo. Le dejo á Ud. tomar la decisión que ella le dicte, cierto de que pesará Ud. equitativamente el pro y el contra, á favor del triunfo de las sanas doctrinas y de la moral pública..... Mejor que yo sabe Ud. que á veces es heroico aceptar un mal para evitar otro mayor..... En fin, sólo nos dirigimos en Ud. al buen ciudadano, al hombre honrado. A nadie se le ha ocurrido pesar sobre su independencia, y hé ahí por qué repito que usted es el dueño absoluto del asunto; cosa, además, determinada por la ley.

Celoso por aquel poder ilimitado, sobre todo á tiempo en que se disponía á abusar de él, acogía el juez cada una de aquellas frases con un movimiento de cabeza que indicaba su satisfacción.

—Además—añadió el otro con un acrecentamiento de amabilidad cuya exageración se hacía irónica—sabemos á quién nos dirigimos. Ya hace tiempo que seguimos sus esfuerzos, y puedo permitirme decirle, que desde ahora mismo le llamaríamos á París si se produjese una vacante.

El señor Denizet tuvo un movimiento. ¡Cómo!



¡Si prestaba el servicio que le pedían iban á colmar toda su ambición, su sueño de un traslado con ascenso á París!... Pero ya el señor Camy-Lamotte añadía, habiendo comprendido:

—Su puesto está marcado aquí: es cuestión de tiempo..... Y pues he principiado ya á ser indiscreto, celebro poder anunciarle que está usted en lista para la cruz de la Legión de Honor, el 15 de Agosto próximo.

Durante un instante, el juez se consultó. Hubiera preferido el ascenso, pues calculaba que era un aumento de ciento sesenta y seis francos al mes, y en la miseria decente en que vivía, era un mayor bienestar. Su guardarropa renovado, su criada Melania mejor mantenida, menos insoportable. Pero, sin embargo, la condecoración ya se podía ir tomando. Además, tenía una promesa. Y él, que no se habría vendido, educado en la tradición de esa magistratura honrada y de término medio, cedía enseguida ante una simple esperanza, ante el compromiso vago de la Administración en favorecerle. El cargo judicial ya no era sino un oficio como otro cualquiera, y arrastraba el grillete del ascenso como un solicitante hambriento, siempre dispuesto á doblar la espalda bajo las órdenes del poder.

—Estoy sumamente agradecido—murmuró—tenga Ud. la bondad de decírselo al Ministro.

Se habían levantado, sintiendo que ahora, todo cuanto pudiesen añadir uno y otro les molestaría.

—Bueno—concluyó, con la mirada apagada

y con la cara muerta—voy á acabar la sumaria, teniendo en cuenta sus escrúpulos. Claro está, que si no tenemos hechos absolutamente probados contra ese Cabuche, lo mejor será no arriesgar el escándalo inútil de un proceso..... Le soltaremos y continuaremos vigilándole.

El secretario general, ya en el umbral de la puerta, acabó de mostrarse del todo amable.

—Señor Denizet, nos entregamos por completo á su gran tacto y á su reconocida honradez.

Cuando quedó solo el señor Camy-Lamotte tuvo la curiosidad, ya inútil, de comparar la página escrita por Severina con el billete sin firma encontrado en los papeles del presidente Grandmorin. El parecido era completo. Dobló el papel y lo guardó cuidadosamente, pues si bien no había querido decirle una palabra al juez de instrucción, juzgaba que un arma semejante merecía guardarse. Y al evocarse ante él el perfil de aquella mujercita tan delicada, y tan fuerte en su resistencia nerviosa, tuvo un movimiento de hombros indulgente y zumbón. ¡Ah, las mujeres! ¡cuando se empeñan!

Severina, á las tres menos veinte, llegaba á la calle Cardinet, antes de la hora de la cita dada por ella á Santiago. Habitaba él allí, en el último piso de una casa muy grande, un cuartito reducido, en donde no entraba sino por la noche para acostarse, y aun faltaba de allí dos veces por semana, las dos noches que pasaba en el Havre entre el exprés de por la noche y el de por



la mañana. Aquel día, sin embargo, calado, muerto de cansancio, había entrado á echarse sobre la cama. De manera que Severina le habría quizás esperado inútilmente, si la reyerta de un matrimonio vecino, un marido que apaleaba á su mujer, y las voces que ésta daba, no le hubiesen despertado. Se lavó y se vistió de muy mal humor, al verla abajo, sobre la acera, y se dispuso á salir después de echar una ojeada desde su buhardilla.

—¡Por fin es Ud.!—exclamó ella cuando le vió venir por la puerta cochera.—Temía haber comprendido mal..... Me había dicho Ud. en el ángulo de la calle Saussure.....

Y sin esperar la contestación, levantando la vista sobre la casa, le dijo:

—¿Ahí es donde tiene Ud. su habitación?

Había él fijado así la cita delante de su puerta, porque el Depósito adonde tenían que ir juntos, estaba casi enfrente. Pero aquella pregunta le dejó parado; creyó que iba Severina á llevar la curiosidad hasta querer ver su cuarto. Estaba éste tan modestamente amueblado y tan en desorden que le daba vergüenza.

—¡Oh, mi habitación!..... es decir, que allí arriba estoy encaramado. Dése Ud. prisa, temo que se haya marchado el jefe.

En efecto, cuando llegaron á la casita, que este último ocupaba detrás del Depósito, en el recinto de la estación, no le encontraron, é inútilmente fueron de soportal en soportal; en todas partes les dijeron que volviesen á eso de las

cuatro y media si querían estar seguros de encontrarle en los talleres de reparación.

—Está bien, volveremos—exclamó Severina.

Luego, al verse fuera en compañía de Santiago, dijo:

—¿Si está Ud. libre no le importará que me quede esperando con usted?

No podía rehusar, y además, á pesar de la sorda inquietud que ella le causaba, ejercía sobre él una seducción creciente y tan fuerte, que la indiferencia voluntaria en que se había prometido encerrarse, desaparecía bajo sus dulces miradas. Severina, con su larga cara tierna y medrosa, debía amar como un perro fiel, al que no se atreve uno á dar un palo.

—Claro está que no la dejo á Ud.—contestó él con tono brusco.—Sólo que nos queda más de una hora de espera..... ¿Quiere Ud. entrar en un café?

Severina sonreía feliz al verle tan amable, y vivamente exclamó:

—¡Oh! no, no, no quiero encerrarme..... Prefero ir cogida de su brazo por las calles adonde usted quiera.

Y ella misma cogió su brazo con mucha monada. Ahora que ya no estaba negro por el viaje, parecíale muy bien, con su traje de empleado que gana buen sueldo, su aire burgués, realzado por una especie de altivez hija del peligro desafiado cada día. Nunca había notado tanto que era buen mozo, con la cara redonda y bien cortada, de bigote muy moreno sobre la piel



blanca; y únicamente sus ojos inquietos, sus ojos sembrados de puntitos de oro, que se apartaban de ella, continuaban infundiéndola una sospecha. Si evitaba mirarla cara á cara, ¿era acaso que no quería comprometerse, conservando su libertad de acción, aun en contra de ella? Desde aquel momento, en la incertidumbre en que aún estaba, presa de un estremecimiento cada vez que recordaba aquel despacho de la calle del Rocher en que su vida se decidía, ya no tuvo más que un deseo, sentir suyo, del todo suyo al hombre que la llevaba del brazo, obtener que cuando levantase ella la cabeza fijase sus ojos en los suyos profundamente. Entonces es cuando sería suyo. Ella no le quería, ni siquiera deseaba verse en brazos de aquel hombre. Simplemente esforzabase en convertirle para no temerle ya.

Durante algunos minutos anduvieron sin hablar en la continua ola de transeuntes que llena aquel barrio populoso. A veces veíanse obligados á bajar de la acera y atravesaban la calle, en medio de los coches.

Después se encontraron delante del jardín de Batignolles, casi desierto en aquella época del año, y eso que el cielo, lavado por el diluvio de por la mañana, era de un azul muy suave, y bajo el tibio sol de Marzo, brotaban las lilas.

—¿Entramos? — preguntó Severina. — Toda esa gente me marea.

También iba ya á entrar Santiago, inconsciente de la necesidad de tenerla más cerca, junto á sí, lejos de la muchedumbre.

—Ahí ó en otra parte, me es lo mismo. Entremos.

Lentamente continuaron andando á lo largo de los céspedes, entre los árboles sin hojas. Algunas mujeres paseaban sus niños en mantillas y otras personas atravesaban el jardín para evitarse camino, apresurando el paso. Traspusieron la ría, subieron hacia las rocas, luego volvieron ociosos, pasando entre las espesuras de abetos, cuyo follaje persistente relucía al sol con un color verde obscuro. En aquel rincón solitario había un banco oculto á las miradas, y se sentaron sin hablar una palabra, como si acudieran atraídos por una misma cita.

—Hoy sí que está bueno el tiempo—dijo ella después de un breve rato de silencio.

—Sí—contestó él—ya volvió el sol.

Pero su pensamiento íntimo estaba lejos. El, que huía de las mujeres, acababa de recordar los acontecimientos que le habían acercado á aquellas. Estaba allí, le tocaba, amenazaba invadir su existencia, y no podía salir de su sorpresa. Desde el último interrogatorio en Rouen, ni una duda le quedaba: aquella mujer era cómplice en el crimen de la Croix-de-Maufras. ¿Cómo? ¿á consecuencia de qué circunstancias? ¿empujada por qué pasión ó por qué interés? Todas estas preguntas quedaban sin respuesta clara, verosímil. Sin embargo, había acabado por arreglar una historia: el marido interesado, violento, teniendo prisa por entrar en posesión del legado, quizás el temor de que cambiase el testa-



mento en perjuicio de el'os, ó también el querer posesionarse de su mujer, unirla á él por un lazo sangriento..... Y aceptaba esta última versión, cuyos rincones oscuros le atraían, sin que tratase de depurar más las cosas. También le preocupaba la idea de que su deber era decírselo todo á la justicia. Es más, esa idea le preocupaba, desde que se hallaba sentado en aquel banco, junto á ella, y tan cerca, que sentía contra su cadera el dulce calor de la de Severina.

—Es extraño, en el mes de Marzo, poder estar fuera así, como en verano.

—Es que cuando sube el sol, ya se nota—dijo ella.

Y por su lado pensaba Severina que á no ser tonto, aquel muchacho tenía que haberlos adivinado culpables.

Estuvieron demasiado obsequiosos, y hasta en aquel mismo momento estrechábase ella demasiado contra él. Así es que en el silencio entrecortado por palabras vacías, seguía Severina las reflexiones que cruzaban la mente de Santiago. Sus ojos se habían entrecortado, acababa de leer en aquella mirada que el joven se preguntaba si no era ella á quien él había visto, sujetando con todo su peso las piernas de la víctima como una masa negra. ¿Qué hacer, qué decir para atarle á ella con un lazo indestructible?

—Esta mañana—añadió—hacía mucho frío en el Havre.

—Eso sin contar—dijo él—todo el agua que nos ha caído encima.

Y en aquel instante, Severina tuvo una brusca inspiración.

No racionó, no discutió: ocurriale aquello como una impulsión instintiva, desde las profundidades oscuras de su inteligencia y de su corazón; pues si hubiese discutido, nada habría dicho. Pero sentía que aquello convenía, y que hablando, le conquistaba.

Dulcemente cogióle la mano y le miró. Las espesuras de árboles verdes les ocultaban á los ojos de los paseantes de las calles vecinas; sólo oían un lejano rodar de coches, atenuado aún en aquella soledad llena de sol. Y sin transición, con toda su alma, á media voz, le dijo:

—¿Me cree Ud. culpable?

Sufrió él un ligero estremecimiento y detuvo su mirada en la suya.

—Sí—contestó con la misma voz baja y emocionada.

Entonces ella estrechó la mano del joven, que no había soltado, con una presión más íntima, y no continuó enseguida; sentía la fiebre, la necesidad de unirse ambos.

—Se engaña Ud., no soy culpable.

Y decía aquello, no para convencerle, sino para indicarle que le era preciso permanecer inocente á los ojos de los demás. Era la confesión de la mujer que dice no, deseando que sea no, siempre, á pesar de todo.

—No soy culpable. ¿No me apenará Ud. más creyéndome culpable?

Y era muy feliz, viendo que fijaba sus ojos



en los suyos profundamente. Claro estaba que lo que acababa de hacer era la entrega de su persona; pues ella se entregaba, y más tarde, si él la reclamaba, no podría excusarse. Pero el lazo estaba ya anudado entre ellos, indisoluble: ahora sí que apostaba á que el joven no hablaría; era suyo, así como ella era de él. Una confesión les había unido.

—¿No me atormentará Ud. más? ¿Me cree usted?

—Sí, la creo—contestó él sonriendo.

¿Y al cabo y al fin, por qué la habría obligado á hablar brutalmente de aquella cosa horrible? Ya se lo contaría todo más tarde, si ella quería. Aquella manera de tranquilizarse, confesándose á él, sin decir una palabra, le conmovía mucho, como una prueba de infinita ternura. ¡Estaba tan confiada, tan frágil, con sus dulces ojos azules! ¡Parecía tan mujer, entregada del todo al hombre, dispuesta siempre á tolerarle para ser feliz! Pero más que nada, lo que le encantaba, mientras permanecían juntas las manos de ambos y no apartaban sus miradas uno de otro, era no hallar en sí su ordinario malestar, aquel espantoso estremecimiento que le agitaba junto á una mujer, al ir á poseerla. No había podido rozar la piel de las demás sin sentir el deseo de morderla, presa de una abominable hambre de degüello. ¿Acaso podría amar á aquella y no matarla?

—Ya sabe Ud. que soy su amigo, y que nada tiene Ud. que temer por parte mía—murmuró á

su oído.—No quiero enterarme de sus asuntos; haré lo que Ud. quiera..... ¿Usted me entiende? Disponga por completo de mí.

Tanto se había aproximado á su rostro, que sentía en su bigote el aliento tibio de Severina. Aquella misma mañana habría aún temblado al hacer aquello, bajo el miedo salvaje de una crisis. ¿Qué había sucedido para que apenas le quedase un calofrío, en medio de la laxitud deliciosa de los convalecientes? Al pensar que ella había matado, ahora que estaba cierto de ello, se la representaba una mujer distinta, crecida, aparte entre las demás. Quizás no hubiese sólo ayudado, sino herido, matado. Quedó convencido sin prueba alguna. Y desde aquel momento parecióle sagrada; aquella idea se imponía sin reflexión, en el arrebató del deseo espantoso que ella le inspiraba.

Ahora ambos hablaban alegremente, como una pareja que acaba de encontrarse en un paseo, y en la que principia á hablar el amor.

—Debería Ud. darme la otra mano para que la caliente.

—¡Oh! no, aquí no. Nos verían.

—¿Y quién? puesto que estamos solos..... Además, no veo qué mal pueda haber en eso. No resultaría nada malo.....

—Así lo supongo.

Reíase ella de veras, en medio de la alegría de verse salvada.

No quería á Santiago; bien segura parecía estar de ello; y si algo había prometido, ya ima-



ginaría un medio para no pagarlo. Parecía él muy amable, y seguramente no la atormentaría; todo iría á pedir de boca.

—Pues cosa convenida, somos camaradas sin que los demás, ni siquiera mi marido, tengan nada que ver en ello..... Y ahora suélteme usted la mano, y no me mire Ud. así, pues se va usted á secar los ojos.

Pero él conservaba aquellos delicados dedos entre los suyos. En voz muy baja balbuceó:

—Bien sabe Ud. que la amo.

Vivamente retiró ella su mano con una ligera sacudida, y puesta en pie delante del banco en que permanecía sentada, dijo:

—¡Vaya una locura! Tenga Ud. prudencia, que viene gente.

En efecto, una nodriza llegaba con un niño de pecho dormido entre sus brazos. Después una joven pasó muy deprisa. El sol bajaba, se hundía en el horizonte en vapores violados, y sus rayos desaparecían de los céspedes, desvaneciéndose en polvo de oro, en la verdosa cima de los abetos. Hubo como una parada súbita en el continuo rodar de los coches; oyéronse las cinco en un reloj vecino.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Severina.—¡Las cinco, y yo que tengo cita en la calle del Rocher!

Su goce desaparecía, presentábase ante ella la angustia de lo desconocido que la esperaba en aquella casa, al recordar que aún no estaba salvada. Se puso muy pálida, sus labios temblaban.

—¿Pero y el jefe del depósito á quien Ud. tenía que ver?—dijo Santiago, que se había levantado del banco para ofrecerla de nuevo el brazo.

—¡Qué le vamos á hacer! le veré otra vez..... Mire Ud., hijo mío, ya no me hace Ud. falta; déjeme acudir á la cita que tengo. Y mil gracias, gracias de todo corazón.

Estrechábale ella las manos de nuevo, muy azorada.

—Hasta luego, en el tren.

—Eso es, hasta luego.

Ya se alejaba con paso rápido, desaparecía entre las espesuras del jardín, en tanto que él, lentamente, se dirigía hacia la calle Cardinet.

El señor Camy-Lamotte acababa de tener en su casa una larga conferencia con el jefe de la explotación de la Compañía del Oeste. Llamado so pretexto de otro asunto, había ido confesando el jefe poco á poco lo mucho que molestaba á la Compañía aquel proceso Grandmorin.

Por de pronto, las quejas de los periódicos sobre la escasa seguridad de los viajeros en los coches de primera. Luego todo el personal estaba mezclado en el suceso, recaían sospechas sobre varios empleados, por ejemplo, sobre ese Roubaud, el más comprometido, y que podía ser encarcelado de un momento á otro. Y por fin, los ruidos de asquerosas costumbres que corrían sobre el presidente, miembro del Consejo de Administración, parecían salpicar á todo el Consejo. Así era como el presunto crimen de un in-



significante subjefe de estación, sin duda alguna historia sucia, baja y rastrera, atravesaba los engranajes complicados, conmovía esa máquina enorme cual es la explotación de una vía férrea y destartada, hasta la administración superior. Y no paraba ahí la sacudida, sino que contagiaba al ministerio, amenazaba al Estado, en medio del malestar político del momento: hora crítica, gran cuerpo social cuya descomposición apresura una ligera fiebre. Así es que cuando el señor Camy-Lamotte supo por boca de su interlocutor que la Compañía, aquella misma mañana, había resuelto la destitución de Roubaud, se había vivamente opuesto á semejant medida. ¡No! ¡no! nada sería más torpe; la prensa chillaría doble, si se le ocurría presentar al subjefe como víctima política.

¡Todo crujiría con más estrépito, desde abajo hasta arriba, y sabe Dios á qué descubrimientos desagradables llegarían para unos y para otros! Ya había durado demasiado el escándalo; era preciso ahogar el asunto lo más pronto posible. Y el jefe de la explotación, convencido, se había comprometido á mantener á Roubaud en su puesto, sin trasladarle siquiera á otro punto. Que viese el público que no había criminales en toda aquella historia. Nada, nada, decidido: la causa se sobreesería.

Cuando Severina, jadeante, latiéndole violentamente el corazón, se encontró de nuevo en el severo despacho de la calle del Rocher, delante del señor Camy-Lamotte, éste la contem-

pló un instante en silencio, interesado por el extraordinario esfuerzo que hacía para aparecer tranquila. Decididamente, le era simpática aquella criminal delicada, con dulces ojos azules.

—Pues bien, señora.....

Y se detuvo para gozar de su ansiedad durante algunos segundos más. Pero tenía ella una mirada tan profunda, sentíala entregada y pendiente de sus labios, con tal necesidad de saber, que fué misericordioso.

—Pues bien, señora, he visto al jefe de la explotación y he conseguido que no destituyan á su marido..... Queda arreglado el asunto.

Entonces Severina desfalleció, bajo la ola de alegría demasiado viva que la inundó. Sus ojos se habían llenado de lágrimas y no decía nada, sonriendo.

Repitió él, insistiendo sobre la frase, para darle toda su significación:  
—Queda arreglado el asunto..... Puede usted volverse tranquila al Havre.

De sobra comprendía ella: quería decir el señor Camy-Lamotte que no les encarcelarían, que les perdonaban. Y no era sólo conservar el empleo, era el espantoso drama olvidado, enterrado. Con un movimiento de caricia instintiva, como un bonito animal que agradece y acaricia, inclinóse Severina sobre sus manos y las besó, conservándolas apoyadas contra sus mejillas. Y esta vez no las retiró, muy emocionado él mismo por el encanto tierno de aquella gratitud.



—Sólo que—repuso tratando de volverse severo—recuerden ustedes y observen buena conducta.

—¡Oh, caballero!

Pero quería él conservarles á su disposición á la mujer y al hombre. Hizo alusión á la carta.

—Acuérdense qué las notas quedan aquí, y que á la menor falta todo puede recomenzar.... Sobre todo, recomiende á su marido que no vuelva á ocuparse de política. Sobre este capítulo seríamos severísimos, no habría misericordia para ustedes. Me han dicho que ya ha tenido un disgusto, una disputa muy desagradable con el subprefecto; en una palabra, pasa por ser republicano; eso es detestable.... Bueno, pues que sea prudente ó si no le suprimiremos sencillamente.

Estaba ella en pie, deseando ya verse fuera, dar libre expansión á la alegría que la ahogaba.

—Señor, le obedeceremos á Ud., seremos lo que Ud. quiera.... A cualquier hora, en cualquier sitio, mande Ud., soy suya.

El se puso de nuevo á sonreír, con su aire cansado, con la mueca de desdén de un hombre que durante largos años había bebido en la copa de todas las quimeras humanas.

—¡Oh! no abusaré, señora, yo no abuso.

Y él mismo abrió la puerta del despacho. En el descansillo volvióse ella dos veces, con su cara resplandeciente de alegría, dando aún las gracias.

En la calle del Rocher, Severina echó á andar

como una loca. Se apercibió de que subía otra vez sin razón; y bajó la pendiente, atravesando la calle sin necesidad, con riesgo de que la aplastara algún carruaje. Era una necesidad de movimientos, de gestos, de gritos. Ya comprendía ella por qué los perdonaban y se sorprendió diciéndose á sí misma:

—¡Ya lo creo! tienen miedo; no hay que temer que remuevan esas cosas; he sido una tonta al asustarme.... Bien claro está. ¡Ah! ¡Qué suerte! ¡Salvada, salvada, salvada de veras esta vez!.... Pero no importa, voy á asustar á mi marido para que no haga tonterías.... ¡Salvada, salvada, qué suerte!

Al desembocar por la calle de San Lázaro, vió en el reloj de un joyero que eran las seis menos veinte.

—¡Una idea! Voy á ofrecirme una comida de primera, tengo tiempo.

Enfrente de la estación escogió la fonda más lujosa; y sentada sola enfrente de una mesita con mantel blanquísimo, contra el inmenso cristal del escaparate, muy divertida por el movimiento de la calle, encargó una excelente comida: ostras, lenguado, un ala de pollo asado. Justo era que se resarciese del pobre almuerzo de por la mañana. Caíase de necesidad, devoró, parecióle exquisito el pan de flor que le sirvieron, pidió todavía una golosina, buñuelos de viento. Y cuando hubo sorbido el café se apresuró, pues sólo le faltaban algunos minutos para tomar el exprés.



Santiago, al dejarla, después que fué á su casa para ponerse de nuevo el traje de faena, había ido enseguida al depósito, en donde sólo se presentaba generalmente media hora antes de que saliera su máquina. Había acabado por dejar encargado á Pecqueux de todo lo tocante á los cuidados de visita, á pesar de que el fogonero estaba ebrio, de cada tres veces dos. Pero aquel día, en la emoción tierna en que se hallaba, un escrúpulo irrazonado acababa de invadirle: quería asegurarse por sí mismo del buen funcionamiento de todas las piezas, y tanto más cuanto que por la mañana, al venir del Havre, creía haber notado un gasto mayor de fuerza para menor cantidad de trabajo.

En el vasto soportal cerrado, negro de carbón y alumbrado por altas ventanas llenas de polvo, entre las demás máquinas que descansaban, la de Santiago estaba ya en la entrada de una vía, destinada á salir la primera. Un fogonero del depósito acababa de llenar el hogar y las brasas rojas caían por debajo en el foso para atizar el fuego.

Era una de esas máquinas de exprés, con dos ejes pareados, de una elegancia fina y gigante, con sus grandes ruedas ligeras reunidas por brazos de acero, con su ancho pecho, sus riñones alargados y poderosos, toda esa lógica y toda esa certidumbre que constituyen la belleza soberana de los seres de metal, la precisión en la fuerza. Al igual de las demás máquinas de la Compañía del Oeste, además del número que

la designaba, el núm. 214, llevaba el nombre de una estación, el de Lisón. Pero Santiago, por cariño, lo había convertido en nombre de mujer, la Lisón, como él decía, con una dulzura acariciadora.

Y era verdad, amaba con verdadero amor á su máquina, desde hacía cuatro años que la guiaba. Había guiado otras, dóciles y rebeldes, animosas y perezosas; no ignoraba que cada una tenía su carácter, que muchas de ellas no valían un real, como algunas mujeres de carne y hueso; y si él quería á aquélla, era porque, en efecto, tenía selectas cualidades de excelente mujer. Era suave, obediente, suelta para arrancar y ponerse en movimiento, de marcha normal y continua, gracias á su buena vaporización. Todos decían que si arrancaba con tanta facilidad, era debido á la excelente tensión de las ruedas, y sobre todo á la perfecta disposición de los volantes. Y también, si vaporizaba mucho con poco combustible, achacaban eso á la calidad del cobre de los tubos y á la feliz disposición de la caldera.

Pero él sabía que no era sólo aquello, que había otra cosa; pues otras máquinas, idénticamente construídas, montadas con igual cuidado, ninguna de esas cualidades tenían. Había en ella el alma, el misterio de la fabricación, ese algo que la casualidad del martillado añade al metal, lo que la mano del obrero ajustador da á las piezas: la personalidad de la máquina, la vida.